

CAPITULO VI

Que se mudaron las condiciones deste concierto.—De las treguas que se asentaron entre Castilla y Portugal.—El arzobispo de Toledo procura reducir al duque de Benavente, y no puede conseguirlo.—El rey pasa á Zamora y se concertan las treguas con Portugal por quince años.—De la prision del arzobispo de Toledo.—El arzobispo de Toledo y su amigo Juan de Velasco son presos por orden del rey y de los gobernadores.

Con esta nueva traza que dieron quedó muy valido el partido del arzobispo de Toledo, tanto que se sospechaba tendria él sólo mayor mano en el gobierno que todos los demás que le hacian contraste, lo uno por ser de suyo muy poderoso y rico, que tenía mucho que dar; lo otro por los tres señores tan principales que se le juntaban, como granjeados por su negociacion. Así lo entendian el arzobispo de Santiago y sus consortes: por este recelo buscaban algun medio para desbaratar aquel poder tan grande. Comunicaron entre sí lo que se debía hacer en aquel caso. Acordaron de procurar con todas sus fuerzas de poner en libertad al conde de Gijón para contraponelle á los contrarios y á la parte del de Toledo: decian que la prision tan larga era bastante castigo de las culpas pasadas, cualesquier que ellas fuesen. Parecia muy puesta en razon esta demanda, y así con facilidad se salió con ella. Sacáronle de la prision, y lleváronle á besar la mano al rey, que le mandó restituir su estado. La revuelta de los tiempos le dió la libertad que á otros quitára: así van las cosas, unos pierden, otros ganan en semejantes revoluciones.

Juntáronse las córtes en Búrgos, segun que lo tenían concertado. Comenzóse á tratar del concierto puesto entre las partes. El arzobispo de Santiago, como lo tenían trazado, dijo que no vendria en ello, si no admitian al conde de Gijón por cuarto gobernador junto con los tres grandes que ántes señalaron, pues en nobleza y estado á ninguno reconocia ventaja. Mucho sintió el arzobispo de Toledo verse cogido con sus mismas mañas. Altercaron mucho sobre el caso. Los procuradores de las ciudades divididos no se conformaban en este punto como los que estaban negociados por cada cual de las partes. Temíase alguna revuelta no menor que las pasadas. Para atajar inconvenientes acordaron de nombrar jueces árbitros que determinasen lo que se debía hacer. Señalaron para esto á D. Gonzalo, obispo de Segovia, y Alvar Martínez, muy eminentes letrados en el derecho civil y eclesiástico. No se conformaron ni fueron de un parecer por estar tocados de los humores que corrian, y ser cada uno de su bando.

Continuáronse los debates, y duraron hasta el principio del año que se contaba mil tres-



cientos noventa y dos, en que finalmente á cabo de muchos dias y trabajos otorgaron con el dicho arzobispo de Santiago, que todos los cuatro grandes de suso mentados tuviesen parte en el gobierno junto con los demas: dieron asimismo traza que entre todos se repartiase la cobranza de las rentas reales; para lo demas del gobierno, que cada seis meses por turno gobernasen los cinco de diez que eran, y los demas por aquel tiempo vacasen. Parecióles que con esta traza se acudia á todo y se evitaba la confusion que de tantas cabezas y gobernadores podia resultar. Tomado este asiento, parecia que toda aquella tempestad calmaria, y se conseguiria el deseado sosiego. Regaláronse estas esperanzas por un caso no pensado. Dos criados del duque de Benavente dieron la muerte á Diego de Rojas volviendo de caza, que era de la familia y casa del conde de Gijón. Entendióse que aquellos homicianos llevaban para lo que hicieron orden y mandato de su amo.

Esta sospecha, quier verdadera, quier falsa, resultó grande ódio en general contra el duque. Representábaseles lo que se podia esperar en el gobierno y poder del que á los principios tales muestras daba de su fiereza y de su mal natural. Alteróse, pues, la traza primera, y por orden de las córtes acordaron que el testamento del rey se guardase, mas que en tanto que el marqués de Villena y conde de Niebla, llamados por sendas cartas del rey no viniesen, el arzobispo de Toledo tuviese sus veces, y entrase en las juntas con tres votos. Todo se enderezaba á contentalle para que no revolviere la feria. Al duque de Benavente y conde de Gijón, en recompensa del gobierno que les quitaban, les señalaron sendos cuentos de maravedís cada un año durante su vida. Concedieron otrosí al arzobispo de Toledo, que él sólo cobrase la mitad de las rentas reales; de que por su mano se hiciese pagado de los gastos que hizo en levantar la gente en pró comun del reino; que así lo decia y áun queria que los demas otorgasen con él.

El tiempo de las treguas asentadas con Portugal espiraba, y era mala sazón para volver á la guerra; el rey mozo, las fuerzas muy flacas. Acordaron los gobernadores se despachasen

embajadores que procurasen se alargase el tiempo, que fueron las cabezas Juan Serrano de Prior de Guadalupe, primero obispo de Segovia, é ya de Sigüenza, y Diego de Córdova, mariscal de Castilla, de quien descien den los condes de Cabra. El conde de Niebla, Juan Alonso de Guzman, para asistir al gobierno partió de su casa. Con su ida se levantó en Sevilla una grande revuelta. Diego Hurtado de Mendoza, con la cabida que tenía con el nuevo rey, pretendió que le nombrasen por almirante del mar. No se podia esto hacer sin descomponer á Alvar Perez de Guzman, que tenía de atras aquel cargo. El conde de Niebla, quier de su voluntad, quier negociado, quiso más granjear un nuevo amigo que podia mucho en la córte, que mirar por la razon y por su deudo Álvaro de Guzman. Esta fué la ocasion del alboroto, porque el descompuesto se juntó con Pero Ponce, señor de Marchena, y ambos se apoderaron de Sevilla con daño de los amigos y deudos del conde de Niebla, ca los echaron todos de aquella ciudad: escándalos que por algun tiempo se continuaron.

Á la sazón el rey se hallaba en Segovia, ciudad fuerte por su sitio, y para con sus reyes muy leal. Allí volvieron los embajadores que se enviaron á Portugal. El despacho fué que el rey de Portugal no daba oídos á aquella demanda de alargar el tiempo de las treguas, ántes queria volver á las armas, confiado, demas de las victorias pasadas, en la poca edad del rey de Castilla, y más en las discordias de sus grandes, ocasion cual la pudiera desear para mejorar sus haciendas. El de Benavente otrosí por la mala cara con que en la córte le miraban, y la mala voz que de sus cosas corria, junto con la privacion del gobierno, mal contento se retiró á su casa y estado; y áun se sonrugia que se comunicaba con el de Portugal, y áun traia inteligencias de casar con doña Beatriz, hija bastarda de aquel rey, con gran suma de dineros que en dote le señalaban.

Daba cuidado este negocio por ser el duque persona de tantas prendas, señor de tantos vasallos, y que tenía su estado á la raya de Portugal. Avisado de lo que se decia, se excusó con el agravio que le hicieron en quitalle el



casamiento que tuvo por hecho de doña Leonor, condesa de Alburquerque, y aún se dijo que ésta fué la ocasion de la muerte que hizo dar á Diego de Rojas, que no terció bien en aquella su pretension; todavía ofrecia, si mudado acuerdo se la daban, trocaria por aquel casamiento el de Portugal. Tiene la necesidad grandes fuerzas: acordaron los gobernadores por el aprieto en que todo estaba, de venir en lo que pedia. Señalaron á Arévalo, villa de Castilla, para que las bodas se celebrasen: cosa maravillosa, luégo que otorgaron con su deseo, se volvió atras; sea porque á las veces lo que mucho apetece, alcanzado nos enfada, ó lo que yo más creo, temia debajo de muestras de querelle contentar alguna zalagarda.

Apretóse con esto el negocio de Portugal. El arzobispo de Toledo, por atajar el daño que de esto podia resultar, fué á toda priesa á verse con el duque. Confiaba en su autoridad y en las prendas de amistad que habia de por medio. Ofrecióle, si mudaba partido, de casalle con hija del marques de Villena, y en dote tanta cantidad como en Portugal le prometian. Muchas razones pasaron: la conclusion fué que el duque no salió á cosa alguna: excusóse que el gran poder de sus enemigos le tenía en necesidad de valerse del amparo de extraños. El arzobispo, visto que sus amonestaciones no prestaban, dió la vuelta por Zamora para prevenir que Nuño Martínez de Villaizan, alcaide del alcázar, y que tenía en su poder la torre de San Salvador, no pudiese entregar aquella fuerza al duque de Benavente como vehementemente se sospechaba, y sobre ello la ciudad estaba alborotada y en armas. Llegado el arzobispo lo compuso todo: diéronse rehenes de ambas partes; y en particular el alcaide, para mayor seguridad, entregó aquella torre fuerte á quien el arzobispo señaló para que la guardase.

Eran entrados los calores del estío, cuando vino nueva cierta que los embajadores que fueron de nuevo á Portugal, y se juntaron con el prior de San Juan, que vino de parte de su rey á Sabugal á la raya de los dos reinos, por mucha instancia que hicieron no pudieron alcanzar que las treguas se prorogasen. Ardian los portugueses en un vivo deseo de volver á las

manos, y no dejar aquella ocasion de ensanchar su reino y mejorar su partido. El primero que salió en campaña fué el duque de Benavente, que acompañado de quinientos de á caballo y gran número de infantes, hizo sus estancias cerca de Pedrosa, no léjos de la ciudad de Toro. Grande era el aprieto en que Castilla se hallaba: los grandes discordes, la guerra que de fuera amenazaba. En Granada otrosí se alborotaron los moros en muy mala sazón. Falleció por principio deste año Mahomad, que siempre se preció de hacer amistad á los cristianos. Sucedióle su hijo Juzeph; otro que tal, en tanto grado que en vida de su padre á muchos cristianos dió libertad sin rescate. Esta amistad con los nuestros le acarreó mal y daño. Tenía cuatro hijos, Juzeph, Mahomad, Halí, Hamet. Mahomad era mozo brioso, amigo de honra y de mandar: no tenía esperanza, por ser hijo segundo, de salir con lo que deseaba, que era hacerse rey, si no se valia de malicia y de maña. Para negociar la gente y levantalla comenzó de secreto á achacar á su padre y cargalle de que era moro sólo de nombre, en la afición y en las obras cristiano. Por este modo muchos se le armaron, unos por el odio que tenían á su rey, otros por deseo de novedades.

Destos principios crecieron las pasiones de tal suerte que estuvo la ciudad en gran riesgo de ensangrentarse, y tomar los unos contra los otros las armas. Hallóse presente á esta sazón un embajador del rey de Marruecos, moro principal, y de reputacion por el lugar que tenía, y su prudencia muy aventajada. Púsose de por medio y procuró de sosegar los bullicios y pasiones que comenzaban. Avisóles del riesgo que todos corrian, si el fuego de la discordia civil se emprendia y avivaba entre ellos, de ser presa de sus enemigos, que estaban alerta y á la mira para aprovecharse de ocasiones semejantes. En una junta en que se hallaban las principales cabezas de las dos parcialidades, les habló en esta sustancia: «Los accidentes y reveses de los tiempos pasados os deben enseñar y avisar cuánto mejor os estará la concordia, que es madre de seguridad y buena andanza, que la contumacia, mala de ordinario y perjudicial. No el valor de los enemigos,



»sino vuestras disensiones han sido causa de las pérdidas pasadas, muchas y muy graves. «¿Qué podremos al presente esperar, si como locos y sandios de nuevo os alborotais? Toda razon pide que el hijo obedezca á su padre, sea cual vos le quisiéredes pintar. Hacedle guerra, ¿qué otra cosa será sino confundir la naturaleza, y trocar lo alto con lo bajo? ¿Por qué causa no juntaréis ántes vuestras fuerzas para correr las tierras de cristianos? ¿Cuál es la causa que dejais pasar la buena ocasion que de mejorar vuestras cosas os presenta la edad del rey de Castilla, las discordias de sus grandes, además del miedo y cuidado en que los tiene puestos la guerra de Portugal?»

Con estas pocas razones se apaciguaron los rebeldes, y el mismo Mahomad prometió de ponerse en las manos de su padre. Acordaron tras esto de hacer una entrada en el reino de Murcia, como lo hicieron por la parte de Lorca, en que talaron los campos é hicieron grandes presas de hombres y de ganados. Eran en número de setecientos caballos y tres mil peones. Siguióle el adelantado de Murcia, Alonso Fajardo; y si bien no llevaba más de ciento cincuenta caballos, les dió tal carga y á tal tiempo, que los desbarató, degolló muchos dellos, finalmente, les quitó la presa que llevaban; gran pérdida y mengua de aquella gente, con que España quedó libre de un gran miedo que por aquella parte le amenazaba, lo cual fué en tanto grado, que el rey de Aragon, á quien este peligro ménos tocaba, por acudir á él deshizo una armada que tenía en Barcelona aprestada para sosegar los movimientos y alborotos que de nuevo andaban en Cerdeña, á causa que Brancaleon Doria, sin respeto de los negocios pasados, con las armas se apoderaba de diversos pueblos y ciudades.

Verdad es que los moros, castigados con aquella rota, y temerosos de la tempestad que se les armaba por la parte de Aragon, con más seguro consejo acordaron pedir treguas al rey de Castilla, que fácilmente les concedieron por no embarazarse juntamente en la guerra de Portugal y en la de los moros. Hallábase el portugues muy ufano por verse arraigado en aquel reino sin contradiccion, por las muchas

fuerzas y riquezas que tenía, y más, en particular, por la noble generacion que le nacia de doña Philipa, su mujer, que en cuatro años, casi continuados, parió cuatro hijos: primero á D. Alonso, que falleció en su tierna edad; despues á D. Duarte, que sucedió en el reino de su padre, y en este mismo año, á nueve de Setiembre, nació en Lisboa D. Pedro, que fué adelante duque de Coimbra, y dende á diez y seis meses D. Enrique, duque de Viseo y maestre de Christus, y que fué muy aficionado á la astrología, de la cual ayudado y de la grandeza de su corazon, se atrevió el primero de todos á costear con sus armadas las muy largas marinas de África, en que pasó tan adelante, que dejó abierta la puerta á los que le sucedieron para proseguir aquel intento hasta descubrir los postreros términos de Levante, de que á la nacion portuguesa resultó grande honra, y no menor interes, como se notará en sus lugares. Los postreros hijos deste rey se llamaron don Juan, y el menor de todos D. Fernando.

En este mismo año, á Carlos VI, rey de Francia, se le alteró el juicio por un caso no pensado. Fué así que cierta noche en Paris, al volver de palacio el condestable de Francia Oliverio Clisson, cierto caballero le acometió, y le dió tantas heridas, que le dejó por muerto. Huyó luégo el matador, por nombre Pedro Craon; recogióse á la tierra y amparo del duque de Bretaña. El rey se encendió de tal suerte en ira y saña por aquel atrevimiento, que determinó ir en persona para tomar enmienda del matador por lo que cometió, y del duque porque, requerido de su parte le entregase, no queria venir en ello, bien que se excusaba que no tuvo parte ni arte en aquel delito y caso tan atroz. Púsose el rey en camino y llegó á la ciudad de Maine. Salió de allí al hilo de medio dia en los mayores calores del año; tal era el deseo que llevaba y la priesa. No anduvo media legua, cuando de repente puso mano á la espada furioso y fuera de sí; mató á dos é hirió á otros algunos; finalmente, de cansado se desmayó y cayó del caballo. Volviéronle á la ciudad, y con remedios que le hicieron tornó en su juicio, pero no de manera que sanase del todo, ca á tiempos se alteraba.